

ÍNDICE

Presentación	7
Prólogo	9
A modo de introducción.....	11
Tema 1	
El siglo de las grandes barbaries	15
Tema 2	
Oriente medio y el conflicto palestino-israelí	31
Tema 3	
El 11-S y el terrorismo de Al Qaeda	53
Tema 4	
Los problemáticos organismos internacionales.....	83
Tema 5	
La difícil construcción de Europa	101
Tema 6	
Viejos muros, nuevos muros	115
Tema 7	
El desafío de la proliferación nuclear	127
Tema 8	
Obama, la gran esperanza del sueño americano	141
Tema 9	
Globalización y derechos humanos	161

© del texto: Herederos de Carlos Nadal Gaya, 2013
© de la edición y la introducción: María Dolores Masana Argüelles, 2013
© del prólogo: Jaime Arias Zimmerman, 2013
© de las ilustraciones: Óscar Astromujoff, 2013
© de esta edición: Editorial Milenio, 2013
Sant Salvador, 8 — 25005 Lleida (España)
editorial@edmilenio.com
www.edmilenio.com
Primera edición: marzo de 2013
DL L 182-2013
ISBN: 978-84-9743-539-0
Impreso en Arts Gràfiques Bobalà, SL
www.bobala.cat

Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <www.cedro.org>) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.

PRESENTACIÓN

Diez años que interpretan el mundo de hoy

Es difícil para mí explicar el motivo que me ha impulsado a editar este libro. Es un proyecto sobre el que he reflexionado largamente desde que Carlos Nadal Gaya falleció, hace tres años, dejándonos una extensa e inédita obra literaria que, en vida, nunca quiso que saliera a la luz. Desde entonces, Pagès Editors ha publicado dos poemarios —en catalán y en castellano— que nos han acercado a la vertiente poética de mi marido aun cuando sigue silenciada toda su obra en prosa que abarca distintos géneros literarios. Pero Carlos Nadal también era periodista y como tal ejerció en *La Vanguardia* a lo largo de más de medio siglo. Su trayectoria fue brillante y reconocida por diversos premios y por una pléyade de asiduos lectores de diversos ámbitos que aguardaban el domingo para leer su tribuna “Week end político mundial” que escribió a lo largo de treinta y cinco años, hasta tres días antes de su muerte.

El libro acoge una esmerada recopilación de artículos publicados en *La Vanguardia* entre los años 2000 y 2010, que tratan de arrojar luz sobre los problemas y conflictos a escala global que configuran esta primera década del siglo XXI, con sus luces y sus sombras. A través de los ojos de un analista de la talla de Carlos Nadal, podemos adentrarnos en las complicadas razones históricas, políticas o de intereses y luchas de poder que, desde la segunda mitad del siglo pasado, han ido perfilando los ejes alrededor de los cuales se configura toda la política mundial del inseguro y convulso mundo en el que hoy vivimos.

Este libro es pues un homenaje a un gran escritor, periodista y hombre de letras, desde el recuerdo y la admiración de quienes tuvimos el privilegio de compartir con él muchos años de profesión, amistad y vida.

María Dolores MASANA

PRÓLOGO

En los anales de *La Vanguardia*, Carlos Nadal queda como uno de los profesionales que mayormente habrán contribuido al prestigio de sus acreditadas páginas de seguimiento de la política mundial. Sus méritos no solo cabe atribuirlos a la larga y significativa etapa histórica cubierta por tan sobresaliente experto de la especialidad. Más de cuarenta años de la segunda mitad del siglo XX y el pico de la siguiente centuria.

Sin duda, facilitó el camino hacia esa cúspide del periodismo universalista, la pertenencia de Carlos al noble “clan” leridano de los hermanos Nadal, del que Carlos fue el benjamín. Y que ingresara en la legendaria sección de páginas de política internacional que, desde el principio de la Segunda Guerra Mundial, crearon de mutuo acuerdo el Conde de Godó y Santiago Nadal, ambos convencidos de que la monarquía parlamentaria brindaba el posible paso de la dictadura hacia el parlamentarismo democrático. En todo caso, ese fue el espíritu de la gestión, tanto de la propiedad como del cuerpo redaccional del decano de la prensa catalana y española de la posguerra civil.

Santiago, activista monárquico de toda la vida, incluida la etapa republicana en la que tuvo la valentía de liderar la corriente política de Renovación española, formó un equipo coherente con su ideal democrático, antidictatorial y en connivencia con el jefe de la dinastía real, don Juan de Borbón, apostado en Estoril. Natural conocedor Santiago de las cualidades y enciclopédica sabiduría de su hermano Carlos, evidenciadas en la dirección del complejo y portentoso Museo Marés sito en el palacete del Archivo Histórico barcelonés, consiguió su “fichaje” que resultó un impagable acierto para el diario del Grupo Godó.

Carlos no solo aportaba esa elegante discreción, antítesis de la pedantería, que nunca le abandonó y que recubría una impresionante riqueza cultural. Sus cualidades eran múltiples. Empezando por un sentido innato de la ética y de la buena educación que venía de lejos en el seno de una noble familia leridana. Superior inteligencia, estudioso infatigable, investigador de la historia de las civilizaciones con preferencia de raíz latina. Dominador del idioma castellano y catalán, y de sus literaturas que hicieron de este profesional de la prensa internacional un pedagogo fuera de serie, en parte de insospechado y profundo talento, ya que mantuvo en secreto una asombrosa creatividad literaria y poé-

tica, hasta el extremo de ocultar una producción de un valor inestimable que nos llega “post mortem” merced a su sin par compañera, inspiradora, soporte y generosa divulgadora y, a su vez, excelente y activísima periodista internacionalista, María Dolores Masana.

A todas estas cualidades, debe añadirse un sentido de la responsabilidad y de entrega a las tareas profesionales y un trato caballeroso sin dobleces que le revestían de una autoridad moral, justa y generalmente reconocida por compañeros y colegas. Señorío que incluso transcendía en la elegancia de sus crónicas que, a lo largo de su vida profesional, estuvieron al alcance de millones de lectores y anónimos seguidores, incluidos los alumnos de la Escuela Diplomática. No debe extrañar: tanto en el fondo como en la forma, en el estilo, en la calidad y riqueza, todo en su escritura respira cultura y sabiduría.

La antología de su producción habla por sí misma. Confirma una visión cabal de la historia pasada y acierta en buena medida en los pronósticos, apoyados en una perspectiva que solo logran visionar los observadores en los que la razón predomina por encima de las pasiones. Su enorme labor pedagógica universalista bien merecía la compensación de una sigilosa afición en el campo de la creatividad literaria, poética y filosófica. Un aparte sensacional que Masana ha conseguido rescatar, se supone que con la silenciosa anuencia de Carlos, reconociendo la deuda contraída por el soporte e inspiración recibidos en el último decenio de su existencia en este mundo. Amorosamente hermanados, merced a la pluma genial e ingeniosa de un soberbio escritor, periodista de largo recorrido y poeta hasta ahora desconocido que María Dolores nos acaba de revelar. El que apostillaba en uno de sus versos: “Tenemos el camino. Sólo falta andarlo. Lo más difícil.”

Jaime ARIAS

A MODO DE INTRODUCCIÓN

Después del gran ciclo mesiánico

Se ha repetido hasta la saciedad que el siglo XIX terminó en la Gran Guerra de 1914 a 1918 y el siglo XX en la caída del comunismo europeo a partir de 1989. Es cierto sólo en parte. Pero este fin de milenio sobre el que ya no caben las dudas que había en las postrimerías de 1999, nos da una perspectiva suficientemente amplia para entender que el siglo XIX y el siglo XX aparecen tan ligados entre sí como considerablemente distintos. En este sentido, 1918 fue un punto de inflexión pero también de transmisión de impulsos, tendencias políticas, sociales y culturales que se habían de prolongar en una amplia panoplia de diversidades cuantitativas y cualitativas. En el siglo XIX tenía sentido hablar de pueblo, de patria. En el siglo XX lo tuvo más hablar de masas o de estados nación. ¿Significan algo tanto una cosa como la otra en el fin de milenio?

El siglo XIX fue fértil en creaciones ideológicas, en movimientos colectivos que pretendían corregir el destino del hombre, remodelarlo como tal en el marco de grandes propósitos políticos e ideológicos, considerados necesarios como sustituto de la religión o dejándola en el ámbito estricto de la fe. El liberalismo decimonónico en sus distintas vertientes de reivindicación de los derechos de la persona, de la entidad nacional y del libre pensamiento y su manifestación tuvo una derivación más justiciera y racionalizadora en el socialismo, especialmente en su expresión llamada científica, el marxismo.

Liberalismo, nacionalismo y socialismo convergían en un fin: devolver al hombre la plenitud de sus posibilidades mediante la inserción en un proyecto de futuro. La idea de que el hombre había de adueñarse de la historia como el terreno propio de su desenvolvimiento y realización. La ciencia y el dominio de la naturaleza por medio de la técnica en la primera sociedad industrial alentó el convencimiento de que el hombre se hacía y liberaba procediendo a la transformación de las fuerzas naturales. Y que le correspondía hacerlo al mismo tiempo con el ámbito de su transcurrir vital: la sociedad.

Había llegado la hora fáustica de crear un hombre nuevo en sociedades nuevas. Lo cual estaba en manos del hombre mismo. No sólo vivir la historia, sino asumir la capacidad de hacerla a su gusto para aproximarla cada vez más a objetivos de racionalidad, justicia, bienestar y felicidad. El encuentro de

un sentido de la vida en cuanto tal, no como tránsito de lo temporal hacia lo supranatural.

Individuo, nación y raza como sujetos activos de la historia en que el hombre encuentra un territorio ideológico y político para hacerse superior a sí mismo. Historicismo y vitalismo fueron expresiones filosóficas que cabalgaron entre los dos siglos y les dieron una identidad común. El devenir constituía la esencia del presente.

Liberalismo democrático, nacionalismo y socialismo encontraron sustrato común, no siempre confesado, en las teorías evolucionistas de Darwin. La voluntad creadora pasó a entenderse como ley de la voluntad de ser —individuo, nación, raza— según los criterios de selección natural. De ahí la teoría y práctica del racismo, implícitos en el imperialismo colonizador. Y, en la misma Europa, en el antisemitismo muy activo entre finales del siglo XIX y la primera mitad del XX en Francia y la Europa central y oriental. Lo que, por una parte, llevó al monstruoso extremo del holocausto nazi. Y, por otra, a la creación del Estado de Israel, resultado del movimiento sionista que buscaba en el nacionalismo de raza la ruptura tanto de la lacra del gueto como de la integración en las sociedades europeas.

En la Europa decimonónica y de principios del siglo XX continuaba vigente la tradición soberanista de monarquías y oligarquías, fortalecidas en el choque y equilibrio entre las potencias. Pero el liberalismo democrático del sufragio universal, la lucha de clases y los nacionalismos segregacionistas o unitaristas se conjugaron con la industrialización acelerada y la consecuente aparición de la masificación urbana. La Gran Guerra fue convulsa colisión de estos factores.

A partir de 1918, quedaban abiertas diversas direcciones. Las grandes democracias de la producción, el consumo y la comunicación, el comunismo radicalmente socializador, la nacionalización integradora del fascismo y el racismo nacionalista de la Alemania nazi. Todos imbuidos de la ideología productivista y del culto del progreso, encomendados a la magnificación del avance tecnológico. Comunismo, fascismo y nazismo con el denominador común del encuadramiento y movilización permanente de la sociedad de masas.

La violencia revolucionaria liberal o simplemente libertaria del siglo XIX para la conquista de hitos históricos derivó en los estados comunistas y en los regímenes totalitarios en violencia sistemática como método sacrificial para instalar definitivamente al hombre en los cauces de su evolución histórica, preconcebida en un sentido absolutamente unidireccional y necesario.

El siglo XX ha sido la puesta en práctica en proporciones gigantescas, con frecuencia despiadadas, de la voluntad demiúrgica decimonónica. Las ideologías del siglo XIX abrieron cauces visionarios o prácticos que en el siglo XX han desencadenado una fenomenal liberación de energías. A veces atrocemente negativas, terminadas en trágica explosión o en rápida implosión desconcertante. Otras, en formas de creatividad que han cambiado la faz del mundo.

Lo que parece evidente es que se cierra un extraordinario ciclo de dos siglos en los cuales la historia entró en trepidación por la creencia de que había que

domarla y conducirla a voluntad, encarnada en líderes idolatrados, en símbolos magnificados, en estímulos y lemas movilizadores con la máxima tensión de todos los recursos humanos.

Con el siglo XXI entramos en terreno desconocido. Ya no hay tierras prometidas y nos sentimos inmersos en técnicas de mundialización que nos potencian y diluyen a la vez. En el marco del proyecto globalizador, se dibujan descarnadas y cortantes las diferencias lacerantes que el mesianismo de uno u otro signo de los dos últimos siglos pretendió borrar. La disputa bisecular de si los fines justifican los medios ha acabado en no saber si los fines son medios o viceversa.

Lo único que está claro es que la ciencia nos coloca, absortos, en lo que parece el umbral de acercamiento a los grandes misterios de la vida y el cosmos. Por ahí existe el peligro de la autodestrucción y también la esperanza de que éste sea realmente el camino de autotransformación de la humanidad.

Tema 1

EL SIGLO DE LAS GRANDES BARBARIES



Un día cualquiera de agosto

12 Agosto 2001

Jueves, 9 de agosto, una jornada veraniega como otras. Hojeé periódicos, escuché la radio, vi algún telediario. La noticia internacional de más calibre era la matanza de Jerusalén. Dieciséis muertos y más de cien heridos en una pizzería de la ciudad. Una vez más, la rutina del terror. Un hombre bomba, joven, sacrificó su vida por vengar la de tantos palestinos víctimas de la represión israelí. Algún responsable occidental habló de la necesidad de un “esfuerzo internacional inmediato”. No pude evitar pensar más bien en la próxima respuesta de Israel. La que el Gobierno de Ariel Sharon, reunido precisamente el mismo jueves, habría decidido ya. Tal vez ejecutada cuando se publiquen estas líneas. La escalada sistemática de la barbarie.

Una barbarie que se sirve de métodos ultramodernos, porque Israel es un Estado moderno, aunque en demasiadas cosas parezca no serlo. Contra él —lo vi, lo oí en el televisor— jóvenes palestinos se preparaban (mejor dicho, les ejercitaban) para el martirio voluntario, pensando que morirán por Alá e irán a su cielo. En un reportaje televisado, los padres de otro muchacho que murió como hombre bomba se mostraban tristes por la pérdida de uno de sus seis hijos, pero gratificados por la valiente muerte que le ha convertido en mártir.

Repito: la rutina de la muerte, del terror, de los verdugos y las víctimas de una guerra a la que no se llama guerra. Sucia hasta en esto, ya que la devalúa. Una historia que se remonta a 1948, con el nacimiento del Estado de Israel. A principios del siglo XX. Originariamente a mucho antes. La inacabable cuestión judía. Hay por medio las cuentas interminables de un rosario de vindicaciones, odios no satisfechos. Y el fuego de la ira santa, atizado en mentes jóvenes, en gentes crédulas, por quienes hacen sus cálculos de poder y, en más de un caso, de beneficios ilícitos. O por su cobardía. El contraste de los Barak, Sharon y Arafat con Anuar El Sadat e Yitzhak Rabin, que por la paz pagaron con la vida.

Seguí con las noticias del jueves, 9 de agosto. “El UCK da su golpe más sangriento”, titulaba *La Vanguardia*. Diez militares macedonios muertos por la guerrilla albanesa. La misma guerrilla que en los días de la violencia serbia en Kosovo pasaba por justificada defensora de la población albanesa de la provincia, la víctima. Como tal fue tratada por la OTAN, al entrar en tierra kosovar. Con imprevisora tolerancia. Sin desarmar de verdad a los grupos de guerrilleros. Y ahora tocan las consecuencias en Macedonia. El jueves pasado se informaba de que diez soldados macedonios fueron muertos por hombres del UCK. Días antes, miembros de la guerrilla albanesa corrían la misma suerte por el fuego de la policía macedonia en Skopje.

Es la guerra de Yugoslavia que sigue. La que comenzó entre Serbia y Croacia y continuó en Bosnia, en Kosovo. Los bombardeos de la OTAN acabaron con el poder del expresidente Milosevic, que ahora espera en una prisión de

las cercanías de La Haya a ser juzgado por crímenes de guerra. Y en Liubliana, Zagreb y Belgrado hay gobiernos democráticos. Pero el conflicto de la disgregación de Yugoslavia colea. La ira de la supuesta vecindad malquista, de la convivencia mal sufrida. El UCK luchaba —es un decir— en Kosovo porque los albaneses eran mayoría. En Macedonia porque son minoría. Étnica, cómo no. Lingüística, por supuesto. Y religiosa, no faltaba más.

Mientras tanto, la OTAN se arma de paciencia. Ampara negociaciones de paz, obtiene “garantías formales” y ofrece a ambas partes “garantías verbales”. Hay una sucesiva fijación de plazos. ¿Entrega de las armas del UCK antes de acordar más derechos culturales y políticos para los albaneses? ¿O primero los acuerdos y después el desarme? De momento, un plazo más para el acuerdo: mañana, lunes, en la línea de lo conseguido por Javier Solana el día 5.

¿Entregar las armas? En esto mismo están en el Ulster. Otra larga, despiadada guerra sucia. Irlandeses de origen gaélico contra irlandeses de origen inglés y viceversa. Agravios históricos, culturales. Y pugnas religiosas. Católicos, unos. Protestantes, los otros. Cristianos contra cristianos. ¡En el tercer milenio! La edición de *La Vanguardia* del día 9 titulaba sobre este conflicto: “Gerry Adams advierte que el colapso de la autonomía de Irlanda del Norte es inminente.” Quería decir que estaba en juego la paz obtenida laboriosamente el Viernes Santo de 1998 —en suspenso por el litigio casuístico de la entrega de las armas por el IRA—, después de cuarenta años de lucha armada sin piedad en un conflicto que cabe remitir a principios del siglo XX, al combate por la independencia de Irlanda y, más atrás, a los siglos XVI y XVII.

Y Argelia. Otra tierra de dolor, prácticamente desde la guerra de independencia de 1954 a 1962. De violencia del poder y de la subversión. ¿No son suficientes cien mil muertos desde que los islamistas del FIS se levantaron en armas por haberseles escatimado la victoria electoral de 1991? En nombre de la religión o de un poder que fue implacable dictadura militar con Bumedien y que lo sigue siendo de hecho bajo la presidencia de Buteflika han pasado diez años de tan diabólica difusión del crimen que resulta difícil deslindar quién mata. Guerra sucia también. Encanallada.

Desde abril, una brecha se abre contra el régimen corrupto que ahoga al país. La protesta del pueblo de la Cabilia que, además de exigir respeto a sus diferencias culturales, plantea reivindicaciones sociales comunes a todo el país. También en este caso el retroceso hacia un pasado lejano. La identidad racial bereber que fue islamizada hace siglos. Y la respuesta represora del régimen, que ve desvirtuarse, en la figura de Buteflika, su aparente versión aperturista y anticorrupción. Y la imagen del régimen como supuestamente necesario para contener el fanatismo islámico. El jueves día 9 se informaba de que la víspera a miles de manifestantes cabileños les cerró la entrada en Argel un muro de tanquetas, escudos y armas de las fuerzas antidisturbios.

En un día cualquiera de agosto del 2001 quedaba patente la perduración viva y cruel, la cerrazón primaria, en nombre de reivindicaciones de identidades supuestamente puras e irreconciliables de la que España no se ve libre por